

## ***Reseñas***

### ***Supay Muqui, dios del socavón. Vida y mentalidades mineras***

Carmen Salazar Soler. Lima: Congreso de la República, 2006, 256 pp.

Este libro aborda el tema de la minería andina a través de la vida de sus trabajadores; el escenario es el campamento de Julcani, en Huancavelica, de larga continuidad como asiento minero. El libro contiene tres partes: una primera, en la que se ofrece una historia del asentamiento y cómo los trabajadores vivieron su transición desde la condición campesina a la de obreros mineros; otra segunda, en la que se escudriña un conjunto de creencias sobre divinidades y los personajes mitológicos en las minas, y una tercera, que trata sobre alquimia.

El emplazamiento de Julcani se encuentra en la provincia de Angaraes, en el departamento de Huancavelica. Fue explotado desde la época colonial, pues contaba con el beneficio de tener a mano el azogue de Santa Bárbara. Julcani viene a ser el ejemplo de un tipo de minería mediana que opera bajo la conducción de empresas nacionales o al menos mixtas, con producción importante a partir del siglo XVIII. Hay un caso de continuidad en la explotación colonia-república, que no es muy frecuente de encontrar, ya que los Vidalón son los grandes mineros de la zona, tanto en la boya de finales del siglo XVIII como también hacia los inicios del XX, cuando la minería peruana se recupera, más que del desastre de la Guerra del Pacífico, de la enfermedad del guano, que hizo que dicho sector yaciera en el olvido. Los Vidalón levantaron la hacienda mineral de Perseverancia, en Lircay, hacia 1900, y explotaron la mina hasta la crisis mundial de los años treinta. En una época se asociaron con una compañía suiza y, durante un breve tiempo, pasó a manos de Cerro de Pasco Company. Esta corporación la desestimó, pensando que sus vetas se habían agotado, y terminó así en manos de Alberto Benavides de la Quintana, cuya empresa, Buenaventura, la mantiene en trabajo hasta hoy.

El libro de Salazar es un compendio de sus varios enfoques sobre la minería de Huancavelica. Comienza con el tema de la proletarización, que significa la transición a ser obrero o trabajador moderno: o sea, un hombre que no tiene

negocio propio, sino que vende su trabajo manual especializado a un empresario, a cambio de un jornal en moneda. Los peruanos comenzamos a ser obreros en las minas. Fue en ellas que nació esta condición, en la época colonial, pero durante largo tiempo nuestros trabajadores mineros no eran proletarios en el pleno sentido de la palabra: se trataba de mineros y campesinos a la vez.

Este doble rol, en el que se alternaba el trabajo en el socavón con la labor en la chacra, persistió durante largo tiempo, por lo menos hasta mediados del XX. Y lo hizo por diversas razones; era bueno para los campesinos, que así tenían una alternativa económica complementaria al trabajo agrario: el laboreo en las minas les proporcionaba un ingreso monetario para pagar sus impuestos al Estado y comprar algunos bienes en el mercado. La minería era así su nexo con estas dos entidades modernas: Estado y mercado. También era bueno para los empresarios, pues podían contar con mano de obra estacional, sin tener que sostenerla todo el tiempo. Y era bueno para la salud de los operarios, ya que, si se contaminaban un tiempo en el socavón, se descontaminaban luego en el campo.

Esa relación armónica entró en crisis, sin embargo, cuando la minería se modernizó y comenzó a reclamar trabajadores a tiempo completo. Al comienzo el modelo del campesino-minero se mantuvo y se fue acomodando a las circunstancias, pero el trabajador pasaba cada vez menos tiempo en la chacra y más en la mina. Digamos que se invirtió la figura propia del siglo XIX, cuando la cosa era al revés. El estudio de Carmen en este libro correspondió precisamente a esa época en la que el proceso de lo que H. Bonilla llamaba «la formación del mercado laboral» minero estaba concluyendo. Ello se reflejaba en que los lapsos de trabajo minero ya no eran estacionales, sino que duraban varios años, y que la minería se había convertido en un vehículo de ascenso social o de «descampesinización».

Carmen Salazar retrata muy bien ese proceso de descampesinización, al adentrarse en sus elementos culturales: el «shock» que representó para los campesinos de Huancavelica el respeto de un horario, de una disciplina de trabajo, de una jerarquía laboral, que era también social y hasta física. La autora llama a la mina y a su complejo metalúrgico «una fábrica en el campo». El ejemplo más elocuente de ello es la prohibición de defecar dentro de las labores subterráneas, lo cual rompe con toda una práctica campesina y choca con la creencia del *muqui* y con la manera en que se reproducen los metales. El ingeniero no comprende esto y trata al campesino-minero de ignorante y sucio, y lo envía al silo.

El lugar que, para los obreros mineros, ocupaba su chacra y su comunidad, aquel que la mayoría todavía mantenía en los años ochenta; el consumo de coca y alcohol, tan propio de las experiencias andinas de proletarización; el involucramiento en el sindicato de trabajadores; la figura de los ingenieros y de los patrones: están muy bien relatados y se leen con facilidad, como una novela.

Una segunda parte del libro se ocupa de los personajes mitológicos que habitan en las minas. Por su carácter ciertamente peculiar, de horadar los cerros, la minería ha despertado, aquí y en otras partes, una serie de creencias en duendes y seres maléficos. Los Andes no han sido la excepción. Uno de los personajes más notables ha sido el *muqui*, una especie de duende que puede esclavizar o también ayudar al hombre a ser rico. La concepción de la mina como una mujer constituye otro de los temas tratados por Salazar. El capítulo sobre el *muqui* es realmente ejemplar: contrasta las evidencias sobre diferentes lugares del Perú con los de otras regiones del mundo, sobre todo europeo. La autora se pregunta, así, por el origen, andino o europeo de esta creencia tan difundida en las minas del Ande.

También nos habla del *amaru*, el *pishtacu* y la *qarqarya*. Todos expresan, los temores y las ansiedades de las personas del mundo minero. El *pishtacu*, por ejemplo, es el forastero que extrae la grasa de los hombres del campo y la vende en las ciudades o en el extranjero; la *qarqarya*, es un ser animal que ha sido condenado por ser el fruto de un incesto. Y esto de los incestos representa una práctica frecuente entre los campamentos mineros. La vida familiar se veía alterada —explica Carmen— porque la migración pendular al campo llevaba a su suspensión. Sin embargo, estas migraciones, así como la misma práctica del incesto, parecen de larga data en la historia andina, y no solamente propias de la experiencia de los desajustes propiciados por la vida moderna.

En la última parte, la autora nos introduce en las concepciones que los hombres de Julcani han manejado acerca del origen de los metales. Salazar expone un interesante repertorio de todas las ideas que existen sobre ello, antes de que los geólogos establecieran su ciencia: por ejemplo, la creencia de que los minerales se reproducían y crecían como un tubérculo bajo la tierra; o de que los rayos, al impactar sobre los cerros, los transformaban en minerales, o de que todas las minas estaban conectadas por debajo de la tierra, a la manera de un mundo subterráneo. Con esto nos pone al tanto de sus trabajos más recientes.

Siendo tan decisiva la minería para los peruanos, nuestra bibliografía minera no es tan amplia como debiera. Este libro de Carmen Salazar será un aporte, así como un referente indispensable durante mucho tiempo. La edición incluye fotografías de gran calidad que enriquecen la investigación.

*Carlos Contreras*

*Pontificia Universidad Católica del Perú*